aep.cat/sacristan

Jornades sobre el llegat de

MANUEL SACRISTÁN

(1925-1985)

Dies 15, 19 i 21 d'Octubre 2010

ASSOCIACIÓ D'ESTUDIANTS PROGRESSISTES

TAULA RODONA

"Marxismes i moviments socials"

Dijous 21 a les 18h

Campus Ciutadella UPF - Auditori

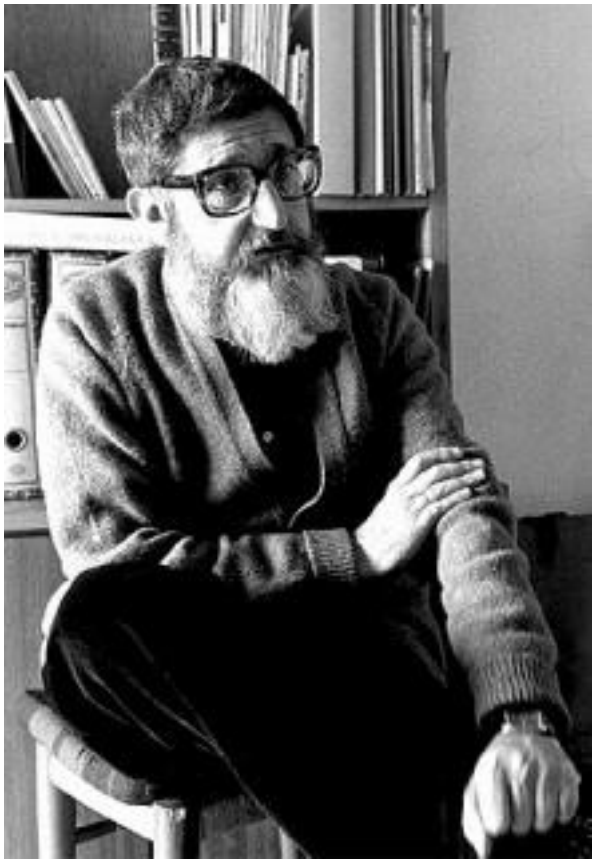
Intervenen:

Francisco Fernández Buey [catedràtic de Filosofia Moral i Política],

Enric Tello [catedràtic d'Història i Institucions Econòmiques],

Enric Prat [doctor en Història] i **Elena Grau** [historiadora]

SELECCIÓ DE TEXTS DE: ***PACIFISMO, ECOLOGISMO Y POLÍTICA ALTERNATIVA***



Col·laboren:
Centre d'Estudis de Moviments Socials
Projectes de Pensament Crític i Ciencies Socials
Facultat d'Economia i empresa UB
Facultat de Ciències Econòmiques
i Empresarials UPF
Facultat de Ciències Polítiques i Socials UPF
Facultat de Filosofia UB

Llegeix més a http://www.aep.cat/sacristan/

¿PORQUÉ FALTAN ECONOMISTAS EN EL MOVIMIENTO ECOLOGISTA?*

Vamos a reflexionar un poco sobre la falta de economistas en el movimiento ecologista. Cuando propuse este asunto, algunos amigos me sugirieron que un título así se podía interpretar como una provocación a la Facultad. Debo empezar por decir que mi intención no es provocadora. Una provocación así estaría bastante fuera de lugar en esta casa; por muchos que sean sus defectos, esta Facultad no es el peor lugar del mundo por lo que hace a esta cuestión. Por ejemplo, hace ya 4 años que un equipo organizado por el Departamento de Teoría Económica, en el que había ingenieros y otros profesionales, pero también tres miembros del departamento (Hortalá, García-Durán y Ortí), prepararon y publicaron un estudio sobre la incidencia de las centrales nucleares, particularmente referido al caso de La Ametlla de Mar. Ese estudio, fruto de un año de trabajo, sigue siendo un buen manual para información básica sobre centrales nucleares desde el punto de vista económico, pero, además, tiene interés ecologista, no sólo ecológico, porque es una útil defensa de los afectados por un proyecto nuclear (la población costera de La Ametlla). Por otra parte, tiene aciertos técnicos muy apreciables, como, por ejemplo, previsiones bien corroboradas hoy: el estudio critica severamente (en 1975) el informe Rasmussen y prevé sus fallos. En un terreno de política energética, el informe sostiene que la solución del «todo eléctrico» –la propuesta de que toda energía final sea eléctrica, política entonces característica de Electricité de France, seguida por otras empresas– es una solución pésima para España; a propósito de lo cual los autores condenaban el exceso relativo (en porcentaje) del consuno de energía eléctrica final en España, en comparación con otros países europeos de ambiente cultural parecido. El desarrollo de este punto concluye con la siguiente

*En BIEN (Barcelona), n.º 11-12-13, junio 1980. Transcripción de una a conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona, celebrada en el marco de unas jornadas sobre la crisis energética en la sociedad capitalista organizadas por el Comité Antinuclear de Catalunya y la Comisión de Cultura del centro mencionado.

recomendación: "En las condiciones de precios que se han descrito (el informe se refiere al hecho de que la baratura del Kwh de origen nuclear es, como dice, "ilusoria") parece más razonable el ahorro de energía que los incentivos a la sustitución por electricidad de otras fuentes de energía".[1]

Hay que mencionar también, aunque sea muy brevemente, la tesis doctoral de Alfons Barceló, varios trabajos de Gumersindo Ruiz y la investigación en curso de Juan Rovira para su doctorado.

No seria, pues, justo considerar que esta Facultad necesita una provocación para acercarla a la problemática ecológico-económica, ni tampoco para interesarla por la tendencia ecologista. No se trata de provocar. Pero registrar un hecho no es provocar. Y salta a la vista que el movimiento ecologista anda escaso de economistas. La frecuencia con que aparecen en las varias tendencias del movimiento ecologista actitudes y formulaciones poco consistentes en materia económica es probablemente una consecuencia de aquella falta y también, a la postre, una causa de ella. No me parece interesante acumular ejemplos. Me limitaré a dos que son característicos de la debilidad teórica que puede a veces explicar la resistencia de un buen economista a juntarse con gente que dice semejantes cosas.

Un ejemplo es la contraposición entre tratamiento económico de los problemas y satisfacción de las necesidades. Esta es una idea que se encuentra con alguna frecuencia en ambientas ecológico-políticos que, por otra parte, han emprendido el meritorio esfuerzo de pensar de nuevo los problemas del cambio social profundo o revolucionario sin dejarse cerrar el horizonte por las tradiciones existentes. En esos ambientes se puede oír la afirmación de que no hay por qué considerar desde el punto de que todos se reducen a poner en primer término la satisfacción de las necesidades. Esa idea presupone que para hallar soluciones sencillas –contrapuestas a la artificialidad mercantil que es el vicio básico de la cultura en que vivimos– hay que pensar

1 La incidencia de las centrales nucleares: Ametlla de Mar, Barcelona, 1975, pág. 17.

simplisticamente, cuando la verdad es que la sencillez del resultado suele requerir un desarrollo intelectual particularmente complicado, como lo saben, por ejemplo, los matemáticos y los poetas.

Otro ejemplo importante de este pensamiento deficiente en el movimiento ecologista es el ingenuo entusiasmo universal por las soluciones de reciclaje, sin tener en cuenta que bastantes procesos de reciclaje son tan intensivos en energía que quedan desacreditados para un punto de vista ecologista.

Da la impresión de que la frecuente manifestación de falta de cautela crítica en el movimiento ecologista tiene algo que ver con ciertas simplificaciones de las organizaciones de extrema izquierda de finales de los anos 1960. Los cortocircuitos mentales del pseudomarxismo de entonces se parecen bastante a los del exagerado antieconomicismo de hoy. Por ejemplo, ¿cómo no relacionar el infundado salto mental que consideraba en 1968 la abolición inmediata de la división del trabajo con el que hoy abandona toda problemática económica y la sustituye por la frase, vaga hasta la vaciedad, de "satisfacción de las necesidades"?

Hoy vivimos a veces en el movimiento ecologista un ambiente de cortocircuito mental característico de los grupos marginales cuya esperanza se asienta en fundamentos frágiles; esos grupos marginales que tienen que limitarse a vivirse a si mismos en su impotencia tienden a compensar moralmente esa situación mediante saltos mentales que conducen en un momento, sin gran trabajo, a soluciones tan definitivas cuanto ilusorias.

Esto es lo primero que hay que reconocer cuando uno viene del lado ecologista; lo primero es reconocer que una de las causas –aunque también efecto– de la resistencia de muchos economistas a acercarse al movimiento ecologista está en las deficiencias de éste. Pero una vez reconocido esto, hay que añadir que tampoco se puede aplaudir al economista que, a la vista de esa barrera, tuerce el gesto y vuelve la espalda. Mejor es ayudarle a saltar la barrera invitándole, por de pronto, a examinarse también a sí mismo, a mirar si su educación y su entrenamiento son suficientemente adecuados para enfrentarse con los problemas que el movimiento

ecologista percibe, al menos, con la intensidad debida. Y, para empezar, habría que hacer notar al economista que la reacción más o menos neurótica a problemas reales no es siempre despreciable ni es nunca un error puro. Desde que Freud acuñó el concepto del "malestar en la cultura", parece que estamos obligados a tener en cuenta que en toda reacción neurótica a la cultura (entendiendo este termino básicamente, con la cultura material por delante, no sólo la ideal) se está manifestando la resistencia a la inevitable represión (en sentido freudiano, no político) que acompaña a todos los fenómenos de integración, desde la familia hasta las colectividades mayores. Además, hoy es necesario añadir a esa respetabilidad general del neurótico el que la cultura en la que estamos viviendo contiene ya demasiados factores neurotizantes.

Tampoco en este punto será necesario detenemos en largas listas de ejemplos que vayan desde el ruido hasta la corrupción ultra-química de la industria de la alimentación. De modo que daremos por sentado este punto: que al economista que vuelva la espalda, ofendido por defectos de información o de razonamiento del movimiento ecologista, y acuse a éste de neurótica incapacidad de soportar esta cultura se le contestará que tal vez, en paste, es así, pero que eso no es razón suficiente para ignorar el asunto, porque debajo de actitudes o formulaciones poco sólidas hay problemas profundos, hoy agudos, de los que aquellas actitudes son, en el peor de los casos, síntomas elocuentes.

En segundo lugar, habría que hacer notar a nuestro economista que hace ya años que existe razonamiento ecologista de calidad científica, que no todo es ecologismo ingenuo que contrapone producción a necesidad o que quiere que se recicle todo sin pensar a costa de cuántos megavatios. También hay ecologismo bien razonado desde hace años, con buena categorización económico-social, y hasta, en algunos casos, con aceptación excesiva de los datos de partida que ofrece esta cultura. Tal vez recordéis la polémica de 1973-74 entre Barry Commoner y el grupo ingles de *The Ecologist*, que reprochaba al primero el aceptar exageradamente los datos macroeconómicos en el punto

de partida de su tratamiento. El último Commoner, no el de 1974, sino el de este año, en el libro *The Politics of Energy*[2], que es una crítica del plan energético de la administración norteamena, llega a computar entre las necesidades energéticas la iluminación nocturna de los estadios de baseball, lo que no parece una necesidad muy urgente para un ecologista.

Los que estuvisteis el día que habló en este ciclo el colega de Amigos de la Tierra notaríais que, en la exposición de su *Plan energético de tránsito*, no rebajaba más que en 5 megatoneladas equivalentes de carbón las previsiones del Plan Energético Nacional para 1987[3]. Se movía con cautela y no se le podía reprochar ignorancia de las condiciones económicas iniciales. Y el plan alternativo energético tal vez más convincente y trabajado hasta ahora, el *Projet Alter* del grupo francés de Bellevue, rebaja sólo en 6 megatoneladas y media equivalentes de petróleo las previsiones del plan francés[4], si bien el *Projet Alter* trabaja sobre esa cantidad para convertirla en consumo fijo, alcanzado el cual el crecimiento del consumo energético final sería cero. La transición está vista como tal, prudentemente, en absoluto de un modo que se pueda criticar por falta de cientificidad.

Tal es la segunda observación que se debe hacer al economista reacio. Luego ya habría que preguntarle si no ve otras barreras distintas que contribuyen a explicar su inhibición respecto del movimiento ecologista, barreras situadas en él mismo por su formación profesional. He aquí, por ejemplo, unas consideraciones del Nobel Samuelson que revelan una de esas barreras. Samuelson piensa estar refutando el informe del MIT al Club de Roma sobre los límites del crecimiento (el informe Meadows), pero más bien muestra que la falta de inhibiciones morales y sociales que puede dar de sí el hábito profesional del economista es una causa probable de inhibición ecologista. El paso más notable de su argumentación dice así: "Tal como ha señalado el Dr. Kneese, de la institución Recursos para el Futuro,

2 New York, Alfred A. Knopf, 1979.
3 145 MTEC
4 146,5 MTEP

de Washington, D.C., las tenebrosas simulaciones elaboradas por las computadoras del Club de Roma sugieren que en el futuro gran número de personas habrán de morir a causa del cáncer inducido por el amianto. Sin duda, el amianto puede inducir el cáncer; pero (...) ¿quién cree que los frenos de los automóviles seguirán haciéndose con amianto en el siglo próximo, cuando los hospitales estén llenos de sus víctimas?"[5]. Implícitamente está admitiendo ahí Samuelson, al adherirse a ese razonamiento, que una variante del mecanismo clásico de los precios –que en este caso debe de ser el mecanismo de los precios de las sepulturas– frenará a tiempo (¿a tiempo de qué?) la polución cancerígena por polvo de amianto. El desprecio de Samuelson por la advertencia del informe Meadows –el cual no construye previsiones, sino un modelo de lo que puede ocurrir sino se cambia el modo de vida– tiene una justificación puramente formal. Lleva razón en que nada asegura que se vaya a seguir fabricando de amianto, indefinidamente, los forros de freno (habría que añadir: y los de embrague, y los aislamientos de calderas y conducciones industriales, y tantas cosas más); pero la supuesta falta de rigor de lo que Samuelson considera previsión del informe Meadows está, en todo caso, más que compensada –y «tenebrosamente»– por la tranquilidad con que el economista parece esperar a que se llenen de cánceres de pulmón los hospitales, promoviendo un típico «progreso» en el forrado de los frenos de automóvil.

No hay que cometer el absurdo maniqueo de suponer que Samuelson está deseando la presencia de tantos cancerosos, ni siquiera que su sensibilidad moral esté dispuesta a tolerar la idea de semejante mecanismo económico-ecológico. Lo que sí parece claro es que el esquema mental tradicional del economista puede producir el «tenebroso» resultado en cuestión.

Mishan, que tan tempranamente percibió estas cuestiones, ha tratado útilmente el problema de la formación del economista y el ecologismo, intentando trazar una línea divisoria clara entre los economistas, o en la evolución de cualquiera de ellos en

5 Paul A. Samuelson, en Willem L. Oltmans (compilador), Debate sobre el el crecimiento, México, Fondo de Cultura Económica, 1975. pág. 65.

particular: «Cabía anticipar que el informe del MIT no iba a ser bien recibido por la mayoría de los economistas. La razón es que muy pocos de ellos se han cuestionado seriamente la noción del crecimiento económico como finalidad legítima de la política social».[6]

Todavía hay que añadir algo más en la propuesta de autoexamen que se hace al economista. En la misma entrevista, Mishan añade a las palabras citadas: «En realidad, es la carrera armamentista entre las naciones la que aporta buena pane de la fundamentación lógica para el crecimiento económico. Si no fuera por la carrera armamentista y las discusiones sobre la intertransferencia de los crecimientos industrial y tecnológico, sería mucho más fácil instaurar una política de contención deliberada del crecimiento para llegar a una situación de estabilidad». Es difícil evitarla impresión de que una de las causas que dificultan a muchos economistas el tomarse en serio el movimiento ecologista es el peso de lo que nos estamos acostumbrando a llamar «los poderes fácticos», o dicho de otro modo, la impotencia relativa del movimiento ecologista. El poder material —ya sea el económico directamente, ya en su réplica político-militar– puede ahormar el pensamiento y la conducta del científico más de lo que a primera vista parece. En materia de ecología humana lo hace con una agresividad llamativa. El artículo editorial del último número del *Boletín de Información sobre la Energía Nuclear* (BIEN) que publica el Comité Antinuclear de Catalunya, se refiere a la desenvoltura con que el ministro de la energía, Bustelo, se ha manifestado a propósito de la central nuclear de Valdecaballeros, diciendo más o menos: «Si la Junta de Extremadura presenta un informe contrario a la central, nosotros sacaremos otro informe a favor». La segura jactancia del poder explica el que economistas, sociólogos y, en general, técnicos pronucleares y antiecologistas tomen posición todavía más agresivamente. En el amplio reportaje de Oltmans sobre la discusión del primer informe al Club de Roma, de que he venido citando, llama la atención, por ejemplo, la actitud de un

6 En Oltmans, *op. cit.*, México, págs. 244-245.

intelectual tan agudo y refinado como Bell, el cual, puesto ante la cuestión ecologista, obvia su estilo habitual y se permite afirmar: «Quienes dicen que hemos dejado la naturaleza, que la hemos chasqueado, son tontos».[7] Ese «tontos» está calificando a una gran tradición norteamericana que arranca de Thoreau y sigue bien representada en la Norteamérica de hoy. El que haya visto El País de esta mañana habrá notado una despectiva violencia parecida en las palabras del diputado de UCD, Herrero de Miñón, el cual, refiriéndose a una moción que pedía una moratoria en la construcción de la nuclear de Valdecaballeros, replica: «Eso es políticamente demagógico y técnicamente disparatado».

Una y otra vez se intenta desde el poder desacreditar el movimiento ecologista difamándolo agresivamente: el ecologismo es necio. Me parece que es la debilidad del movimiento ecologista ante el poder político-militar y el económico lo que permite a sus detractores confiar en la eficacia popular de un procedimiento polémico tan arbitrado y desleal, basado en la tautología de que, supuesto aceptado el modo de vida vigente, es técnicamente disparatado no suponerlo aceptado. La sinrazón resulta asimilable porque detrás de ella se siente el peso del poder.

Varios de los aquí presentes hemos tenido hace poco una experiencia que vale la pena contar. Estábamos en Ginestar, cerca de Vandellós, en un acto antinuclear. La mesa que iniciaba la discusión con unas ponencias se componía mayoritariamente de anti-nucleares: todos menos un físico. En un momento dado de la discusión, el físico se puso a explicar el ciclo del combustible nuclear como algo sencillo y sin problemas. Se le recordó que el problema del almacenamiento final de los desechos no esta resuelto ni en la práctica ni siquiera en la teoría, porque hasta las técnicas que a veces se presentan como panaceas –la vitrificación, por ejemplo– siguen siendo objeto de discusión y duda. El físico reconoció que así es, pero añadió en seguida que todos los problemas se resolverían, dada la potencia de las compañías explotadoras, y que, además, era inútil seguir polemizando, porque los poderes que van a imponer la energía nuclear son tales

7 Ibid., pág. 503.

que los que nos oponemos no haremos más que perder el tiempo. En boca de este físico, que es una excelente persona, esas palabras no eran una grosería, sino un consejo bien intencionado para que no siguiéramos perdiendo el tiempo. Parece claro que la única fuerza de ese argumento es la del poder.
Pues bien, en mi opinión ésa es otra de las raíces de la inhibición de muchos científicos –entre ellos los economistas– respecto del movimiento ecologista.

De las tres causas que hemos visto, la primera, la "neura", como decían los luchadores obreros de otra época, la tienen que superar sus propias víctimas, los ecologistas mismos, haciendo madurar su movimiento, como de hecho está madurando. También la segunda, la falta de poder. El movimiento ecologista tiene que plantearse el problema del poder. No para menospreciar el tipo de actividad que le es hoy característico, la actividad socio-cultural básica, pues esta actividad se encuentra en la raíz de todo, incluso de la cuestión del poder, si es que ésta ha de plantearse, como es más natural para el movimiento ecologista, de un modo no autoritario ni paternalista o dirigista. Pero sí sabiendo que desde ese plano social básico de lo que Gramsci llamaba "molecular" se está dirimiendo la cuestión del poder.

Por su parte, los economistas tienen que superar por si mismos la otra barrera que les oculta la necesaria perspectiva ecologista. Ea barrera la levanta el poder económico y político-militar, bien directamente, por su meza presencia, bien indirectamente, a través de cienos elementos ideológicos de la formación del economista mismo.

EL FUNDAMENTALISMO Y LOS MOVIMIENTOS POR LA PAZ*

(Nota a la correspondencia entre J. Sabata y E. P. Thompson)

Probablemente no se puede afirmar todavía, con J Sabata, "que el movimiento independiente por la paz de la Europa occidental tenga intrínsecamente los mismos objetivos" que los movimientos por la libertad política de la Europa Central y oriental, particularmente Charta 77. Pero se puede admitir que tienen cosas importantes en común. No sólo que, como escribe E. P. Thompson, en ellos se encuentran "los dos impulsos populares más potentes de nuestro continente durante estos últimos años: los de la Solidaridad polaca y los de resistencia del movimiento occidental por la paz contra la modernización de la OTAN", sino también y sobre todo algo que aún es difícil precisar y de lo que tal vez sea un poco impúdico hablar (ya que inevitablemente hay que hacerlo con vaguedad), a saber, la convicción de que es necesario empezar de nuevo, de que la especie humana tal vez no pueda sobrevivir si no cambian ciertas relaciones básicas entre los individuos y entre lo grupos, si no cambia la naturaleza de la política. De un modo u otro, esa idea (quizá sólo sentimiento) se expresa en muchos lugares. J. Sabata dice que es necesario transformar a "Europa en una única entidad". Thompson piensa que "tenemos que volver a edificar todo el mundo político", y alguien alejado de los modos de decir corrientes en la Academia expresa en sustancia lo mismo: en un artículo titulado "Libertad" , cuya traducción castellana publicó el diario El País el 2 de noviembre de 1984, Lech Walesa escribe que "no debemos ansiar el poder del Gobierno. Lo que debemos hacer es crear en nuestra sociedad un tipo de estructura democrática que todo Gobierno tenga que respetar"

No hay que pretender que eso sea ya una nueva teoría política; pero tampoco se reduce a palabras vacías o perdidas. En la limitación casi patética de lo que dice Walesa se manifiesta un

* Publicado en *mientras tanto* nº 22, noviembre de 1984.

hastío de lo que ha sido y es la vida política tradicional, en el Este, en el Oeste y en cualquier otro sitio. La sospecha de que con las concepciones tradicionales de las relaciones políticas entre los individuos y entre los pueblos sean posibles desastres de gran envergadura es un estado de ánimo común a los movimientos por la paz del Oeste y a los movimientos por la libertad del Centro y el Este de Europa. Eso puede parecer poca cosa, por su presente inarticulación (en el Oeste) y por la frecuencia con que toma (en la Europa Central y Oriental) formas ideológicas inadecuadas, reproducidas precisamente de la cultura política que nos ha traído hasta la situación presente. Pero es el fundamento más vivo de la posible "nueva convergencia".

La "nueva convergencia" en busca de un nuevo mundo político debería reunir no sólo a movimientos característicamente europeos, sino también a los que en otros lugares de la Tierra pelean contra opresiones tan fundamentales y contra sufrimientos tan monstruosos en la vida cotidiana de los individuos que las víctimas no pueden siquiera plantearse las cuestiones acerca de las cuales discurrimos nosotros, cada uno con libros y revistas a su disposición y con más de las proteínas con que vegetan diez personas pobres en aquellos pueblos.

Sin embargo, no se puede discutir de todo a la vez, aunque sin duda las varias cuestiones están relacionadas. Estas observaciones se refieren sólo a dificultades suscitadas a propósito de la naturaleza del movimiento por la paz de los países del Oeste europeo.

Me parece importante el hecho de que la dificultad principal no determine diferencias de opinión inequívocamente relacionables con la situación de cada uno de la Europa dividida. Desde luego que hay también diferencias de esta clase, como lo son la información o las diferentes valoraciones de la historia de Europa, antigua y reciente, o los diferentes sentimientos de uno mismo, o la variable estimación de los riesgos a los que se enfrenta la especie. Estas diferencias se tienen que discutir, y algunas de ellas son en verdad muy importantes. Pero la principal es otra, a propósito de la cual cuentan menos las fronteras de los

estados o los bloques que las de las tradiciones políticas, culturales y filosóficas: es la diferencia entre quienes creen que la lucha por la paz se tiene que plantear desde los fundamentos y los que piensan que se puede empezar atacando el mal por donde el síntoma es más visible; se podría llamar fundamentalista a los primeros y pragmáticos a los segundos.
Para el fundamentalismo sólo tiene sentido luchar por lo que podríamos llamar la "paz esencial", "auténtica", basada en la supresión de las causas de una guerra posible. Una paz que le parece, por así decirlo, sólo una ausencia de guerra es para el fundamentalismo un "tipo de paz… sumamente cuestionable", como escriben los portavoces de la Charta 77 al Consejo Intereclesial Holandés por la Paz en agosto de 1982; y, en su opinión, ese discutible tipo de paz es aquel por el cual nos esforzamos los pragmáticos del movimiento occidental. Muchas voces que llegan de Centroeuropa desarrollan esa crítica. El doctor Ladislav Hejdánek se pregunta (creo que sólo retóricamente): "¿Podemos tomarnos en serio unos esfuerzos por la paz que no intentan abolir las verdaderas causas de la guerra…?" Y recuerda que la paz no ha sido nunca ni es hoy meramente un asunto de relaciones entre Estados; siempre ha estado vinculada a la relación ene el gobierno y los ciudadanos (o el populacho). Las principales raíces y causas de la guerra son los conflictos y las tensiones sociales internas". En la carta de J. Sabata se implica incluso que una verdadera solución del problema de la amenaza de guerra requiere "una crisis fundamental de las estructuras sociales".

Esa no es una posición del "Este". No sólo la derecha conservadora y fascista de Occidente piensa que la "verdadera paz" sólo es posible mediante la destrucción del Imperio del Mal cuya capital es Moscú, sino también todo el paleo-marxismo occidental y buena parte del marxismo más reciente piensa lo mismo, aunque coloque a Satanás en otro sitio. El argumento del teólogo fundamentalista centroeuropeo y el de el marxista fundamentalista del Oeste, es, poco más o menos, el mismo: el movimiento occidental por la paz es ineficaz en su pragmatismo

porque, como escribe el marxista británico Raymond Williams (un escritor nada sectario, sino muy ilustrado y libre en su pensamiento) "la Bomba no es un Príncipe Satánico que marcha sobre un mundo por lo demás inocente. Es un clímax específico de un orden social: de su industria y de su política". Por eso, razona, "para lograr la paz, ahora más que nunca es necesario lograr algo mas que la paz". Un teórico trotskista de los más distinguidos de Occidentes, Ernest Mandel, y, desde luego, todos los autores tradicionales de parecida orientación, saben muy bien qué es el "algo más que la paz" que hay que lograr para conseguir la paz –la "paz verdadera"-: es la abolición del capitalismo.

A la inversa, se encuentran voces pragmáticas fuera del movimiento del Oeste por la paz. En el artículo de Walesa antes citado se lee la elemental afirmación de que "no debemos destruir el mundo del que todos dependemos. No hay más alternativa que la colaboración entre pueblos diferentes, con sus opiniones y sistemas diferentes". El sindicalista polaco aplica el criterio pragmático a la lucha por la libertad: "Hay que pensar la libertad en términos diferentes cuando se habla de la libertad en épocas y países distintos. La libertad para nosotros y la libertad para los indios norteamericanos que viven en reservas son dos cuestiones diferentes… Lo que necesitamos en Polonia, en primer lugar, es el derecho a tomar decisiones sobre determinadas cuestiones, el derecho a pensar opiniones polémicas y una mayor libertad en cuestiones económicas". El fundamentalista marxista de Occidente apreciará poco esa libertad pragmática, que ni siquiera se interesa por los profundos problemas de la alineación y otros recovecos de la "verdadera libertad".

El pragmático sensato no tiene más remedio que reconocer que el axioma de los fundamentalistas es verdadero: no se puede tener la "verdadera paz" sin abolir los fundamentos de la posibilidad de la guerra. La tesis es tan robusta como cualquier otra de las que se suelen atribuir a Pero Grullo. Ciertamente, el ser una perogrullada no disminuye su verdad, y, además, la investigación de las causas de los conflictos y de los modos de dirimirlos sin violencia institucional (sobre todo la militar) tiene

que ser reconocida como una tarea de la mayor importancia. La discrepancia del pragmático respecto del fundamentalista no se refiere a eso. Consiste más bien en la sospecha de que la búsqueda y la abolición de las causas del Mal y la abolición de las causas del Mal pueden ser cosa larga, y breve el tiempo disponible; a ese temor se añade la esperanza de que sea posible hacer algo útil combatiendo síntomas particularmente peligrosos ellos mismos por su capacidad de realimentar positivamente el proceso que conduce al desastre, la esperanza de que sea útil intentar frenar la enfermedad aunque todavía no se sepa curarla. Así, por ejemplo, tendría sentido para el pragmático conseguir en estos momentos una "paz inesencial", una mera no-guerra entre lrak e Irán.

La actitud pragmática de la mayoría de los movimientos por la paz de la Europa del Oeste se basa en cierto escepticismo teórico, en la ausencia de certezas tan firmes como las que alimentan los fundamentalismos de los varios colores. Pero no sólo en eso, por lo que no coincide con el rechazo metternichiano por Henry Kissinger de lo que él llama "concepto apocalíptico de la paz." La anterior descripción de la diferencia entre fundamentalistas y pragmáticos respecto de la cuestión de la paz es esquemática, pero tal vez recoja in nuce el modo como unos y otros se entienden a sí mismos. Sin embargo, no basta para explicar por qué en el movimiento del Oeste por la paz es tan general y está tan arraigada la idea de que hay que cambiar la política (no sólo de política), de que hay que hacer de nuevo el mundo político. Esta convicción sugiere que el pragmatismo de esos movimientos cuando se trata de actividades y medidas para la consecución de la no-guerra tiene por debajo otro fundamentalismo. Los movimientos del Oeste de Europa desarrollan campañas y se proponen objetivos parciales y pragmáticos porque creen servir así a ciertos valores que consideran fundamentales y directamente amenazados por otros modos de proceder.

Esta es una cuestión particularmente delicada, en la que es difícil distinguir entre diferencias en las jerarquías de valores y diferencias en la asignación de probabilidades a determinados

acontecimientos y procesos. En el movimiento occidental por la paz se suele atribuir a la guerra y a la muerte en ella de centenares de millones de personas, incluso a la destrucción del nicho ecológico humano (y de numerosas otras especies), probabilidades mucho más altas que las que parecen admitir los fundamentalistas de las varias ideologías. Esta es una discrepancia resoluble en principio (aunque otra cosa sea la práctica) con instrumentos universales del buen sentido científico. Más difícil es zanjar la discrepancia que arraiga en las respectivas jerarquías de valores. Todo el mundo puede estar de acuerdo con los portavoces de Charta 77 cuando escriben, en su Open letter to peace movements [Carta abierta para los movimientos pacifistas], que "hay valores por los cuales se sacrifica la vida humana (y ha sido sacrificada a menudo)". Y también con la cita de Jan Patocka que trae J. Sabata en su carta, según la cual "hay valores por los cuales vale la pena sufrir". Pero admitir todo eso no basta para sacrificar la vida de los demás, ni para causar los sufrimientos de otros. El Dr. Hejdánek recuerda que, según Jesús, "el que quiera salvar su vida la perderá"; pero la venerable máxima no tiene nada que ver con nuestro asunto, porque no amenaza a nadie que quiera salvar la vida de centenares de millones de otros. Nunca se repetirá bastante otra perogrullada pertinente: que el pacifismo no consiste en no querer morir, sino en que no querer matar. En la jerarquía de valores de la carta de J. Sabata la frase "que ningún derecho sobrevivirá a una guerra nuclear", es "vieja y demasiado obvia"; en la jerarquía de valores del movimiento occidental por la paz importa más la convicción de que esa tercera gran perogrullada también es verdadera.

El que las discrepancias no impidan una coincidencia de estrategia entre los movimientos por la paz del Oeste e importantes grupos de disidentes de Europa Central y Oriental (partidarios uno y otros de que la "nueva convergencia" sea obra de fuerzas sociales no-gubernamentales y capaces de desconocer las fronteras de los estados y los bloques) se debe a la convicción común de que "hay que edificar de nuevo el mundo político". Se puede esperar que en las razones, todavía poco precisas y poco

operativas, de esa profunda actitud compartida esté la posibilidad de la “nueva convergencia” Pero también en esto se puede ser más o menos metafísico. Se puede hacer de esa estrategia una teoría del poder, y opinar que la gente decente no debe nunca administrar instituciones políticas. Esta opinión, que no es infrecuente (al menos en España) entre antiguos intelectuales “de izquierda” hoy más o menos “desencantados”, implica a tesis de que la vida política siempre será una mala cosa, de que quizá sea factible cambiar de política, pero no la política. Y se puede, por el contrario, pensar que la estrategia no-gubernamental es sólo una necesidad del movimiento y del lugar, a causa de lo que hoy es el poder público institucional; pero no una certeza metafísica. Como ha dicho Petra Kelly, una cancillera alemana “verde” no es inimaginable, pero sólo sería posible en una sociedad ya ecológicamente viable y pacífica.

La dificultad básica entre fundamentalismo y pragmatismo, así como otras discusiones necesarias, nos van a ocupar seguramente mucho tiempo todavía-. Eso es una justificación apreciable de la voluntad pragmática de ir ganando tiempo de paz precaria y frenando su degradación. Pero la justificación misma descansa en la necesidad reconocida de intentar descubrir y destruir las causas últimas de las violencias institucionales.

ENTREVISTA CON *NATURALEZA*[*]

—Porqué, siendo marxista. le interesan Las cuestiones ecologistas? o Por qué la formación de un partido verde?

—Hay varios marxismos. Y no sólo en los aspectos más estrictamente científicos (económicos y sociológicos), en los cuales es normal el cambio con el tiempo (pues no se conoce ninguna ciencia real —es decir, no puramente formal, como la lógica o la matemática— que no esté en revisión permanente). sino cambien en los aspectos filosóficos, valorativos y políticos. Ahora bien: un rasgo común a todos los marxismos es la crítica de esta sociedad y el intento de identificar racionalmente los factores y los agentes de una posible sociedad justa y emancipada. En esos dos contextos —la crítica y el programa, por así decirlo— se inscribe hoy inevitablemente la preocupación ecologista.

En cuanto a la formación de partidos verdes, no creo que se pueda enunciar una tesis categórica para todos los casos. Ni siquiera para el caso alemán creo acertado tomar una posición de principio. Y eso que el caso alemán es el más claro: allí no hay ningún partido de izquierda que tenga cierra importancia y cultive un pensamiento revolucionario con inclusión de la problemática ecologista, mientras que. por otra parte. hay círculos tradicionalistas. de procedencia derechista, que confluyen en el movimiento ecologista con agrupaciones de izquierda radical de restos de ellas. Es una situación que parece imponer la formación de un partido verde. Por lo demás, la practica política- parece estar sancionando la formación de ese partido: en las recientes elecciones a la Dieta Federal (Bundestag, los Verdes han alcanzado el 7% de los sufragios emitidos, prácticamente lo mismo que el Partido Liberal que forma parte del gobierno; mientras que la agrupación de izquierda radical que mas votos había alcanzado hasta ahora desde la terminación de la II Guerra

---

* "Naturaleza" es una Revista de la Asociación para la Divulgación Científica. En colaboración con la Universidad Nacional Autónoma de México. Marzo 1983.

Mundial –la Unión Alemana por la Paz (Deutsche Friedensunion)– apenas superó nunca el 1% a escala federal. Sin embargo, ni siquiera para Alemania me parece sustraída a toda duda la formación de un partido verde.

—¿Cree que el ecologismo puede funcionar aislado en la lucha social por ejemplo, en un partido verde?

—La principal razón para dudar de la conveniencia de la formación de un partido verde es precisamente que el ecologismo como es obvio no puede funcionar aislado en la lucha social. Ni siquiera un mero "ambientalismo" (deja de chocar con intereses creados en cuanto que rebasa la mera conservación paisajística o ni siquiera en ella.

Lo que en varios países europeos ha movido a alguna gente a creer que es necesario organizar un partido ecologista es el hecho de que los sectores mas tradicionalistas de la izquierda radical —en parte por contaminación de progresismo capitalista. en parte por ignorancia y en parte por pereza mental— siguen concibiendo la lucha social como no afectada por los problemas civilizatorios a los que responde el ecologismo. Es necesario contemplar a la vez los dos aspectos de la situación en que nos encontramos: por una parte, es cierto de la especie humana —que es el asurco principal de cualquier pensamiento revolucionan o— depende fundamentalmente del modo como se resuelvan esos problemas recientemente- planteados: por otra parte, una práctica ecologista choca inmediatamente aún el presente modo de producción. Parece que la unión de esos dos aspectos deberá resolver fácilmente la cuestión, mostrando a los grupos revolucionarios que tienen que ser ecologistas, y a los ecologistas que tienen que ser socialmente revoluciónanos. Pero eso no ocurre siempre así. por el peso de las tradiciones de cada grupo. Y es justo reconocer que las dificultades psicológicas son a menudo senas. Los nuevos problemas que han dado pie a los movimientos ecologistas imponen a menudo revisiones bastante traumatizadoras de ciertos puntos de vista tradicionales en la izquierda. Por ejemplo, el ideal de simple y universal democratización de los bienes presentes, en

la vida cotidiana. si se entiende la democratización como goce irrestricto. Un caso pertinente es el tradicional disfrute por los aristócratas y los ricos de los mejores parajes de unas coscas de país densamente poblado, como las del Mediterráneo español, francés e italiano. Desde el momento en que se ha democratizado el acceso a la Costa Brava catalana, por ejemplo, lo que era un disfrute paradisíaco se ha convertido en la estúpida estancia en un ruidoso paisaje de cemento. La gente modesta que hoy consigue pagarse una semana de vacaciones en Tossa de Mar no esta disfrutando lo mismo que hace cincuenta años gozaban los pocos ricos con casa allí (por eso los ricos se van a otras partes, de las que cada vez quedan menos). Los izquierdistas tradicionales se fijan sólo -por explotar ese ejemplo- en que todavía queda mucha gente que no puede pasar unas vacaciones-en la Costa Brava. Los "verdes puros" se fijan sólo en que ya no vale la pena conseguir esas vacaciones. Se trata de dos modos de pensar manifiestamente unilaterales, que no conseguirán resolver los problemas. Lo que esta haciendo falta es una conciencia sintética de que la revolución social moderna requiere puntos de vista ecologistas apenas vislumbrados por los clásicos del pensamiento revolucionario (por ejemplo, en el interés de Engels por problemas energéticos) y de que un programa ecologista implica para empezar (desde un punto de vista lógico, no necesariamente cronológico), la revolución social formulada por los clásicos.

Admitido eso. el que sea o no conveniente la formación de un partido-verde —o que. por el contrario convenga mas hacer que la propaganda ecologista sea obra de grupos y movimientos interpartidistas que intenten influir en los partidos obreros— es cosa que hay que resolver en cada caso sin posturas de principio y no revisables.

—Cómo ve el movimiento ecologista en Europa y Estados Unidos, y cómo lo ve en el Tercer mundo?

El movimiento ecologista tropieza en todo el mundo con obstáculos arraigados profundamente en el psiquismo de las perdonas muy ahormado por doscientos años de ideología

progresista burguesa. No hay que creer que el obstáculo único sea la urgencia de necesidades básicas insatisfechas en el Tercer Mundo. En primer lugar, bolsas de pobreza considerables las hay también en los países mas industrializados. En segundo lugar, el arraigo de los valores progresistas burgueses constituye en los países industrializados un obstáculo contra la conciencia ecologista tan imponente como pueda serlo la falta de alimentos en el Africa Central. He contado muchas veces el deprimente ejemplo de la industria del asbesto en Alemania Federal, pero es tan instructivo que no me molesta repetirlo: el gobierno Schmidt preparó a finales de los anos 70 un proyecto de ley que preveía la abolición en cuatro unos de la industria del asbesto -una de las más cancerigenas que existen— el proyecto de ley fue retirado por la presión conjunta de los empresarios y los obreros del asbesto, temerosos de perder sus empleos y decididos, evidentemente a preterir el cáncer de pulmón a un periodo duro que desde luego, no habría sido de hambre física sino solo de transitorio reducción del nivel de vida, es decir; de lo que la mentalidad burguesa llama nivel de vida; (el proyecto de ley preveía la sustitución gradual de los puestos de trábalo y una dotación para investigación y desarrollo de sucedáneos del amianto).

En el mundo industrializado, la tarea política primaria del movimiento ecologista es hacer ver a la izquierda obrera que por causa de los problemas ecológicos, algunos de sus intereses a corto plazo están entrando en conflicto con sus intereses a plazo medio y largo, como muy bien lo ilustra el ejemplo de la industria del asbesto que acabo de repetir Y esta tarea de analizar la contrariedad entre intereses a corto plazo e intereses a largo plazo, con el consiguiente efecto sobre la conciencia de clase revolucionaria es una tarea clásica del marxismo revolucionario. En el llamado Tercer Mundo, creo que hay que hacer ver que una gran parte de las miserias, incluso de la insatisfacción de las necesidades primarias se debe no al llamado atraso sino a la irrupción de los modos de producir y consumir capitalistas, que han destruido el vicio tejido económico y su funcionalidad sin ofrecer otro equilibrio. También en este terreno hay un ejemplo

odioso que citar, que es la difusión de la leche en polvo de las Transnacionales -especialmente de la Nestlé- en el Africa Negra, que ha acarreado una importante reducción de la capacidad de lactancia de las madres y un aumento de las enfermedades infecciosas gastrointestinales de los niños, por causa de la preparación de esas leches con aguas no asépticas. corrientemente bebidas en aquellas tierras. O el ejemplo más complicado, de la Revolución Verde, de la que México fue conejillo de Indias. Hoy día parece ya claro que el saldo energético de esa agricultura industrializada, con' grandes insumos de fertilizantes sintéticos y plaguicidas, es mas bajo que el de la mas modesta "chinampa" o el de una "milpa vieja", por no hablar ya del erecto tóxico, acumulativo en la cadena trófica de numerosos insecticidas herbicidas y fungicidas, ni del preocupante efecto a largo plazo de la uniformización de las semillas, de la pérdida de variedad genérica. Pero el daño ya está hecho por mucho tiempo, también en el plano psicológico: será una durísima tarea convencer a la gente de esa verdad: las chinampas nahuas son preferibles al *ago-business* desde casi todos los puntos de vista y sobre todo, desde el que más importa: la evitación de riesgos graves en el futuro de la especie.

En suma, con problemas diferentes, la tarea ecologista tiene la dificultad de toda empresa revolucionaria, igual en Sueca que en el Congo.

—Qué tanto ayuda la Lucha ecologista en el Primer Mundo a la lucha en el Tercer Mundo?

—Me parece que por ahora y por mucho tiempo no habrá ninguna ayuda directa. Creo que en este terreno la mejor ayuda es indirecta: consiste en que los pueblos del Tercer Mundo vieran –como vio Gandhi aunque sus sucesores no hayan respetado su visión– que el modo de producción capitalista —incluidos, naturalmente sus aspectos técnicos básicos heredados acríticamente por los regímenes de la Europa del Este— produce trucos más bien siniestros, junco con otros, sin duda dignos de conservación.

—Cómo ve la preocupación de los países del Primer Mundo por el problema nuclear?
—El primer mas grave problema ecológico con el que se enfrenta la especie, sobre todo en Europa, es el problema nuclear-militar. Sin embargo, la conciencia político-ecológica de ese problema es-muy irregular, incluso en la izquierda europea. En Francia, por ejemplo, la situación es desastrosa: socialistas, comunistas y también figuras de la izquierda anticomunista, como André Gorz. son victimas de la enfermedad nacionalista y apoyan la política nuclear militar ha “force de frappe" autónoma francesa) de todos los gobiernos de París. desde los derechistas de De Gaulle y Pompidou hasta la social-comunista de Mitterrand. En Alemania. Inglaterra, los Países Escandinavos. Italia y España la situación es más clara. En estos países no hay izquierda pro-nuclear en el terreno militar, y hay mucha izquierda antinuclear en el terreno civil, mientras que toda la derecha, desde la moderada hasta la fascista, es pronuclear en ambos terrenos. (La única excepción importante son los grupos ecologistas-conservaciones alemanes). En España, los movimientos antinucleares han contribuido apreciablemente a que en los dos grandes sindicatos mayoritarios —Comisiones Obreras y Unión General de Trabajadores—, así como en el sindicato anarquista —Confederación Nacional del Trabajo— haya importantes sectores obreros antinucleares que saben que el coste real del Kw/h nucleares es mucho más elevado de lo que dicen los empresarios eléctricos (a causa de las enormes subvenciones estatales en infraestructura y en financiación de la investigación y el desarrollo). que los puestos de trabajo creados por esa industria son pocos y transitorios, que es dudoso que los normales reactores de agua ligera se amorticen en los 20-50 años de vida que-se les calcula y que el interés militar por obtener material para la Bomba desempeña un papel decisivo en los programas de energía nuclear de los estados.

—Plantearía un antagonismo entre Tecnología y Ecología?
No hay antagonismo entre Tecnología (en el sentido de técnicas de base cientifíco-teórica) y ecologismo sino entre tecnologías

destructoras de las condiciones de vida de nuestra especie y tecnologías favorables a largo plazo a ésta. Creo que así hay que plantear las cosas: no con una mala mística de la naturaleza. Al fin y al cabo no hay que olvidar que nosotros vivimos quizá gracias a que en un remoto pasado ciertos organismos que respiraban en una atmósfera, cargada de CO- polusionaron su ambiente con oxigeno. No se trata de adorar ignorantemente una naturaleza supuestamente inmutable y pura, buena en sí, sino- de evitar que se vuelva, invisible para nuestra especie. Ya como está es bastante dura. Y tampoco hay que olvidar que un cambio radical de tecnología es un cambio de modo de producción: y por lo tanto de consumo es decir, una revolución: y que por primera vez en la historia, que conocemos hay que promover ese cambio tecnológico revolucionario consciente e intencionadamente.

—Cree que la divulgación científica ha sido un factor importante en el auge que ha tomado el ecologismo?

Sin duda lo ha sido. Para la-mayoría de los que intentamos promover una política, ecologistas sin ser biólogos —sino economistas, o ingenieros, o filósofos, o arquitectos. etc. la buena divulgación biológica nos ha prestado un gran servicio al facilitarnos los primeros pasos hacia lecturas de ecología. Lo mismo se puede decir de las personas que no disponían de formación matemática suficiente para interesarse por modelos ecológicos.

—Cómo surge La idea de fundar la revista comunista ecologista "Mientras tanto"?

Surgió por el deseo de contribuir a que en la izquierda españolase acogiera y se elaborara, los nuevos problemas civilizatorios a los que nos hemos estado refiriendo. El colectivo de la revista procede casi en su totalidad del Partido Comunista. de las Juventudes comunistas y de otros partidos comunistas menores, pero hoy ya el ámbito de sus colaboradores y lectores se extiende por ambientes ecologistas de varios-tipos, anarquistas, feministas y. en general, contraculturales.

—Qué opina de André Gorz?
André Gorz –quizá mas con la firma periodística, de Michel Bosquet; en *Le nouvel Observateur*–, ha contraído muchos méritos con la. política ecologista a lo largor de años: pero su evolución última me dejó perplejo y preocupado, sobre todo por su abierto llamamiento al derrocamiento violento del régimen soviético. Cosa que en la actuad situación del mundo sólo podría hacerse mediante una guerra mundial dirigida por el gobierno estadounidense y alimentado por el gran capital yanqui. Gorz ha llegado a admitir eso y ha reprochado a los liberales alemanes del *Spiegel* poner la evitación de la hecatombe nuclear por encima de la liberación del régimen Soviético. Según Gorz, ese instinto de conservación se debe a que los alemanes no aman la libertad. Su posición me parece insultantemente injusta para la izquierda y los liberales alemanes y además, absurda y suicida. Lo que es peor: suicida para millones de europeos a los que Gorz no ha preguntado que opinan. Por otra parte, sus últimas formulaciones políticas me parecen desembocar en una aceptación del dominio mundial de las grandes corporaciones transnacionales. En efecto, si se limita, como él pide, el poder del estado pero no se reconoce a las comunidades básicas esfera de competencia económica que la de "la producción de lo superfluo". Como dice Gorz ".. y eso sin revoluciones alquila, ningún poder de decisión del actual poder..." según se lee de su Utopia en *Ecología y Libertad*, reproducida en *Adiós al proletariado,* entonces no se ve como se puede evitar que el gran capital transnacional domine absolutamente "la producción de lo necesario". Yo creo que ese triste final del pensamiento supuestamente libertario de Gorz se debe en gran parte a su aceptación del ambiguo privatismo de Ivan lliich.

—Y que opina de Rudolf Bahro que salió de un partido comunista y ha contribuido a fundar un partido verde?
La trayectoria intelectual de Bahro es muy interesante. Si se lee atentamente La alternativa, el libro que escribió en la cárcel en la

Republica Democrática Alemana (en cuyo partido comunista SED. había desempeñado tareas de responsabilidad en la formación de los cuadros), se notará que cuando empezó a escribirlo no tenia ninguna idea de ecologismo, e incluso estaba sometido en parte, a la ideología burguesa de la eficiencia industrial. Pero en el curso de su crítica puramente político formal y económica de los sistemas del Este europeo. Bahro tropezó con la problemática ecologista, seguramente por influencia del verdadero pionero de estos estudios entre los comunistas, el también alemán oriental Wolfgang Harich. Una vez exiliado en el Oeste, Bahro intento al principio —con bastante ingenuidad— una unificación de la izquierda alemana federal, y luego la integración de ésta con el movimiento ecologista. Tras repetidos fracasos, ha visto la necesidad de un período de maduración de ambos proyectos, y ha contribuido a la constitución del partido Die Grúnen (Los Verdes), ya he aludido antes a las razones por las cuales Alemania parece el país europeo en que más justificada está la existencia de un apartido ecologista.

Jornades sobre el llegat de

Manuel Sacristán

1925 - 1985

Divendres 15 octubre - 19h Edifici Josep Carner UB - Aula 0.1 (al costat de l'edifici històric)

Sobre el lloc de la filosofia als estudis superiors

Miguel Candel [professor de Filosofia UB]
Manuel Cruz [catedràtic de Filosofia Contemporània UB]
Manuel García-Carpintero [catedràtic de Lògica i Filosofia de la Ciència UB]
José Antonio Díez [professor de filosofia UB]

Dimarts 19 octubre - 19h Facultat d'Economia i Empresa UB - Aula Sacristán

Metodologia i Ciències Socials

Alfons Barceló [catedràtic de Teoria Econòmica UB]
Àngels Martinez [professora d'Economia UB]
Jordi Mundó [professor d'Ètica i Epistemologia UB]
Antoni Domènech [catedràtic de Filosofia del Dret, Moral i Política UB]

Dijous 21 octubre - 18h Campus Ciutadella UPF - Auditori

Marxismes i moviments socials

Francisco Fernández Buey [catedràtic de Filosofia Moral i Política UPF]
Enric Tello [catedràtic d'Història i Institucions Econòmiques UB]
Enric Prat [doctor en Història UPF]
Elena Grau [historiadora]

Organitza:

AEP Associació d'Estudiants Progressistes

Material i informació: aep.cat/sacristan

Col·laboren:

- Centre d'Estudis de Moviments Socials
- Projectes de Pensament Crític i Ciencies Socials
- Facultat d'Economia i Empresa UB
- Facultat de Ciencies Economiques i Empresarials UPF
- Facultat de Ciencies Politiques i Socials UPF
- Facultat de Filosofia UB